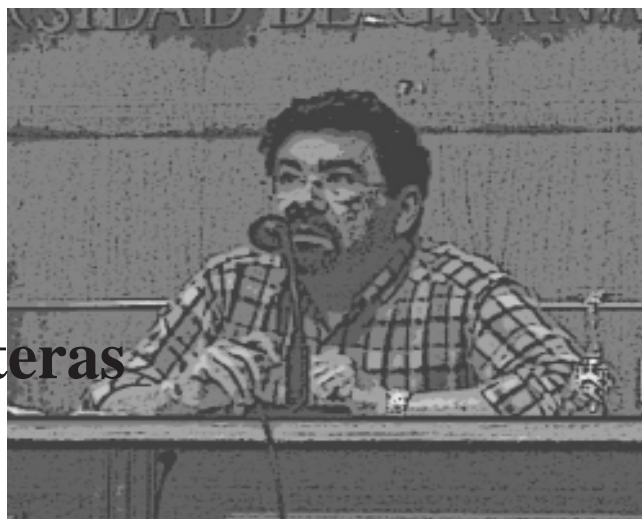


# Izquierda, Revolución, Asalariados sin Fronteras



Diego Guerrero\*

Muchas gracias. Quiero empezar agradeciendo a los estudiantes y los grupos que han promovido este encuentro, a la revista *Laberinto* y a la Universidad, por haberlo hecho posible. El enfoque que le voy a dar es un enfoque comunista, porque yo creo que es el enfoque de los compañeros que han intervenido antes que yo, como fue ayer el de Petras y Vasapollo, como hoy Chesnais o como mañana Juan Carlos Rodríguez.

Pero hay que reflexionar nuevamente, y siempre, sobre qué significa eso desde el punto de vista comunista. Yo creo que, aparte de un ideal para muchos, es algo que existe en la realidad actual. Una fuerza, una tendencia, algo que es una realidad y que hoy en día, después de lo que ha pasado en muchos países, por ejemplo, en el Este de Europa—donde algunos dirigentes de lo que era el Partido Comunista de aquellos países ahora están a la cabeza de los gobiernos procapitalistas y capitalistas—, tenemos más claridad, más claridad para ver ciertas cosas, como por ejemplo el comunismo como una realidad actual, presente, y como una cosa que sigue naciendo y que seguirá naciendo siempre que haya capitalismo. ¡Porque nace del capitalismo! Y es curioso que los medios de comunicación digan que el comunismo se ha hundido, o cosas así, porque no se dan cuenta de la realidad, evidentemente. Porque el comunismo ya no es sólo el de la gente que hemos intervenido, que tenemos más años, sino el de los jóvenes que tenían 3 ó 5 años cuando la caída del muro de Berlín y siguen siendo otra vez comunistas porque, repito, nunca dejará de haber comunistas en el capitalismo porque éste es el alimento que los hace crecer.

Por tanto, no es un ideal sino una fuerza, un motor, y hay que reconocerlo como tal para saber interpretar dinámicamente la sociedad. Por ejemplo, los medios de comunicación usan un argumento cronológico. Y no sólo los medios de comunicación: los medios de reproducción ideológica en general, las universidades liberales... Yo imparto clases en una facultad como ésta, de Ciencias Políticas y Sociología, en la Complutense, y continuamente les estoy diciendo en clase a mis alumnos que lo que les enseñan los demás compañeros en un 99% es ideología liberal, o sea, la ideología de la clase dominante, la burguesía, y precisamente porque es la clase dominante, pues los dominados en gran medida reproducen la ideología de los dominantes.

No hay que criticar sólo a los neoliberales, o ultraliberales, que son una caricatura del liberalismo. Hay que criticar al liberalismo en su forma más pura, más racional, más defendible. Y tenemos buenos maestros para esto, y el mejor maestro es Marx, que fue el gran teórico, pensador, del antiliberalismo.

Un siglo y pico después no vamos a por estar debajo de lo que él hablaba. Las batallas de Marx y otros amigos se hacían contra el liberalismo más puro y más defendible.

El argumento que se da contra él es puramente cronológico: las ideas de Marx, las de la Internacional, son muy antiguas porque ha pasado un siglo y medio. ¡Qué tiene que ver! Si es así, el argumento cronológico serviría aun con mayor fuerza contra el liberalismo, porque es más antiguo que la idea comunista o la idea socialista.

Repito que la perspectiva de los últimos años, en muchos países, refuerza esto con claridad, pues demuestra que el comunismo está tan vivo como siempre.

<sup>1</sup> Profesor en la Universidad Complutense de Madrid.

Quiero hacer otras aclaraciones conceptuales previas antes de hablar de la cuestión de los asalariados sin fronteras, de la cuestión del liberalismo y el antiliberalismo, y de la cuestión de la democracia y el mercado, que son las cosas de las que yo voy a tratar.

Por ejemplo, cuando los comunistas decimos que queremos acabar con el capitalismo o con los capitalistas, no se trata de acabar con ellos físicamente. No queremos matar físicamente a los capitalistas, pero sí aniquilar las relaciones sociales capitalistas, las de producción y de todo tipo, porque el verdadero problema es el capitalismo, el dinero, es el mercado; y veremos en estos minutos que vienen qué debemos entender por cada una de estas palabras.

Hay que aclarar también, como un concepto previo, la idea del partido comunista o el comunismo como algo contingente o necesario, en expresión del propio Marx. Él participó y estuvo afiliado y militó en algunos grupos comunistas a lo largo de su vida, en la Internacional... Pero también dejó de militar y se salió de algunos partidos; y eso lo describía él como el Partido comunista en el sentido contingente. Como una organización que nace en un momento y tiene sentido, pero que también muere o desaparece porque deja de tener sentido. Por lo menos ésa es la interpretación. Pero de lo que nunca dejó Marx de estar afiliado es del comunismo como fuerza real, como partido: él se refería a su partido, al partido comunista, como una fuerza real de la sociedad que es la que nos empuja hacia ese comunismo que estamos defendiendo aquí algunos.

Entonces, eso es importante reclamarlo. Y en relación con la idea de Marx, es una idea fundamental para todas las ciencias sociales, para todo el pensamiento, aparte de para toda la historia. La idea fundamental de Marx, que es de hace un siglo y pico, pero que se confirma cada día más, es la de que el proletariado, en su auténtica definición, se confunde cada vez más con la ciudadanía. El proletario es el ciudadano.

Hoy en día, cuando decimos ciudadanos casi todos somos proletarios. Proletariado no es, no tiene nada que ver, con las alpargatas, ni con los monos azules, ni con nada de eso. Precisamente son los liberales los que han defendido este tipo de cosas. El proletariado es sencillamente la gente que depende del mercado de trabajo, de la venta de su

propia capacidad laboral para sobrevivir porque no tienen otro medio alternativo. Mientras que sus padres, sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos sí que lo tenían.

Pero la propia dinámica de la sociedad capitalista va hundiendo las formas alternativas de vida, que eran características en el precapitalismo, y va convirtiendo solamente a la gran mayoría de ciudadanos en asalariados y proletarios explotados; y a la pequeña minoría que vive del trabajo ajeno, que es el trabajo nuestro, de los asalariados, los deja como un núcleo pequeño y reducido que cada vez será más fácil de expropiar, a pesar de las dificultades. Por ejemplo, pensemos en que el proceso de proletarización de la población activa es un hecho: no hay más que ver la tasa de asalarización. Es decir, veamos en la población activa qué porcentaje representan, sobre el total de la población activa, la población asalariada más la parada, pues éstos solamente tienen futuro también como asalariados.

Uno puede mirar los datos estadísticos de cualquier parte del mundo, ya sea de la OCDE, los 30 países más ricos, ya sea China, ya sea Brasil, ya sea México, ya sea la India..., y en todos sucede lo mismo. Por ejemplo, en la versión escrita de mi charla incluyo una tabla donde con datos que llegan hasta ahora, y que empieza en los años 30 y 40, para la OCDE. Se ve cómo ha subido más de 16 puntos entre 1930 y 40 a la actualidad, al año 2000: ha subido la tasa de asalarización más de 16 puntos. Estamos ya en el ochenta y tantos por ciento de media. España está casi en esa media, en España se ha producido un ascenso muy rápido. Pasa también con los países de Europa. En Japón también fue más tardío, pero lo vemos igualmente en China, en India, Brasil y México..., y estos países son aproximadamente la tercera parte de la población mundial.

Y esos millones de trabajadores que pasan del campo a las ciudades, que eran campesinos no asalariados y se convierten en pocos años en trabajadores industriales o del sector servicios, en China o en otras partes, son por supuesto parte del proletariado mundial, de los asalariados, que somos los que en el futuro tendremos que regular las cosas en interés nuestro y no en interés de nuestros explotadores.

En el caso español, yo le comentaba el otro día a unos colegas, a unos alumnos, el caso de Antonio

Machado. No recuerdo muy bien, pero en Baeza me parece que fue profesor, entre otros sitios, y quedan por ahí fotocopias, o los originales, de los contratos que firmó como profesor. Me parece que era catedrático de instituto, o profesor, y lo que ganaba en aquella época, que era en torno a 1920, comparado con lo que era el sueldo de un asalariado normal, o un jornalero o lo que sea, podía ser bien y claramente 10 ó 15 veces más que el sueldo de un trabajador normal asalariado.

Hoy en día, esa diferencia es mucho menor. O sea, que no sólo estamos hablando de la población activa, de los propios procesos de proletarización dentro de los asalariados. Por ejemplo, de los funcionarios. Yo tengo un hermano médico, y su trabajo se parece cada vez más al de un empleado asalariado de toda la vida. Yo vivía en un barrio – por cierto, Rosa de Luxemburgo se llamaba–, en Madrid, y lo había construido CC.OO. Mi vecino era un liberado de CC.OO. en una empresa de instrumentos de precisión. El otro vecino era un químico, el otro era un profesor de universidad... Es decir, estábamos igualados. Objetivamente teníamos una renta muy parecida. Es verdad que hay ciertas diferencias, pero hay que poner énfasis sobre todo en lo que nos une.

Entonces, por ejemplo, cuando decimos que hay que actualizar el lenguaje, pues eso es lo que yo he intentado hacer al referirme a los Asalariados Sin Fronteras: no es sino una manera, a la moderna, de referirme a la actual Internacional de los Trabajadores.

Si no recuerdo mal... Acaba de salir Petras, y no me va a oír, pero me acuerdo de que mencioné por primera vez lo de Asalariados Sin Fronteras precisamente en una pregunta que le hice a él en una intervención suya en el Ateneo de Madrid, donde también estaba Marcelino Camacho. El otro día estuvimos hablando de Marcelino Camacho y bueno...

Lo de Asalariados Sin Fronteras es lo que realmente, creo yo, deberíamos ser todos. Porque hay otras muchas organizaciones y somos muchos otras cosas, pero fundamentalmente, antes de ser consumidores, y antes de ser ecologistas, somos asalariados. Y la gente no puede dejar de tener en cuenta que somos sobre todo asalariados, porque el mundo actual es un mundo de la mercancía: todo se ha mercantilizado, y nosotros también; y nuestra capacidad de actuar y vivir, también. Ésa es la

realidad fundamental, ontológica, de la sociedad actual. Si no nos damos cuenta de que somos ante todo asalariados, entonces estamos cayendo en alguna forma de idealismo, en una u otra forma de pensamiento liberal. Porque, repito una vez más, cuando decimos que la ideología dominante es la ideología de las clases dominantes, con eso se quiere decir que los que no pertenecemos a esa clase también reproducimos esa misma ideología liberal si no combatimos continuamente esa tendencia.

Entonces, el mito de la clase media es sólo un mito absurdo. Porque lo de la clase media, ¿qué quiere decir? Si yo tengo algo que mide un metro delante de mí, ¿qué es el medio? ¿El milímetro del centro, el centímetro, o bien el 99.98% de todo el metro, que nos deja sólo un milímetro a cada lado? La clase media más grande es la de la India, pero ¿qué tiene que ver la clase media de la India con la de España o con la de Estados Unidos? En fin, la clase media se puede usar para el lenguaje corriente, pero hay que matizar. Y el mito tiene mucho que ver con esta idea, que he discutido mucho con Carlos Berzosa, que es amigo, y con el que hemos dirigido juntos el curso que hace mi universidad con la Fundación de Investigaciones Marxistas (F.I.M.) –es el tercer año, y coordinamos la parte de economía–. Y él no está de acuerdo, y yo le digo que lo que yo no entiendo es lo siguiente: que la gran contradicción o el gran problema que tienen los asalariados en el mundo, y en España, es que por una parte el sistema todavía es capaz de garantizar, por lo menos a medio o largo plazo, el aumento del salario real, pero por otra parte el sistema tiene otra tendencia distinta, que es la disminución del salario relativo. O sea, lo que se ha llamado siempre la depauperación relativa. Es decir, el conjunto de los asalariados podemos tener mayor poder adquisitivo cada vez, pero esto significa una parte decreciente del total de la renta nacional, o de la tarta que se reparte entre todos. Y la teoría laboral del valor explica fácilmente cómo los valores de las mercancías y de las cestas de mercancías tienden a disminuir: el trabajo es cada vez más productivo, y se reproduce cualquier cesta de mercancía con cada vez menos trabajo para la sociedad. Entonces, ésta se puede comprar con una parte decreciente del total.

Por una parte, los asalariados somos cada vez más, y un porcentaje mayor, o sea, no sólo en términos absolutos, sino que también en términos

relativos somos un porcentaje mayor de la población activa. Por otra parte, la fracción de la renta nacional que vamos a obtener es decreciente, cada vez menor, pero esa parte es suficiente para tener un salario real creciente a largo plazo.

En la época de la depresión relativa –o fase depresiva de la onda larga, si queremos decirlo así– de los últimos 20 ó 30 años, el salario real se estanca, disminuye a veces y en general tiene un crecimiento muy pequeño. En España, en los últimos 25 años, la media de la tasa anual acumulativa de crecimiento de los salarios reales no llega al 1%. Esto es muy diferente de la época de los 50, 60 y principios de los 70, cuando el salario real por persona aumentaba un 7%, un 6%, al año y se duplicaba a lo largo de menos de una generación. Entonces la gente mejoraba mucho más. Pero bueno, en cualquier caso, lo importante es entender que el sistema nos condena a los asalariados a tener una parte decreciente del total. O sea, que somos cada vez más y eso es una de las formas de encadenarnos también, aunque esos grilletes que nos encadenan sean de oro o sean dorados, como se dice clásicamente.

La cuestión del liberalismo y el antiliberalismo es para mí, de mucha importancia. Y también tiene mucha importancia hacer la crítica de los críticos que se limitan a criticar sólo el neoliberalismo extremo, caricaturesco. ¡No, no! Hay que criticar las formas más convencionales, más ortodoxas, y más académicas y fuertes, del neoliberalismo. Por eso yo muchas veces critico a la derecha y a la izquierda a la vez, a las que llamo la derecha y la izquierda liberales. Es decir, la izquierda no es sino la izquierda liberal, el lado izquierdo de la médula, de la naranja liberal. Hay una parte que es la derecha, y otra que es la izquierda. Cuando no se comprende todo esto que acabo de decir, la izquierda se convierte nada más que en el lado izquierdo del liberalismo.

Pensemos ahora en lo que significan la izquierda y la derecha. Sabemos que el origen histórico de esa denominación tiene que ver con la Convención francesa, con la Revolución Francesa. En la época de la Revolución, se dio una casualidad, o una circunstancia coyuntural, como era la posición que ocupaban, unos y otros representantes populares, en la Asamblea Nacional. Y, evidentemente, esta metáfora nos va a servir siempre: siempre podremos hablar de la derecha y la izquierda de cualquier

universal, de cualquier conjunto, pues siempre podremos dividir un total en dos mitades, como en el caso del electorado. Y es como lo de clase media: es útil para una primera aproximación, evidentemente.

Yo no digo que no haya que seguir hablando de la derecha y la izquierda. Lo que digo es que se puede usar, y se debe usar también, otro punto de vista diferente, que tiene que ver con el título de mi intervención, y éste es izquierda versus revolución. Los comunistas queremos una revolución, un cambio del sistema, queremos otro sistema, es decir, queremos democracia. Y como la democracia es incompatible con el capitalismo, pues mientras haya capitalismo no habrá democracia; como somos demócratas, queremos acabar con el capitalismo.

Si la izquierda lo es en un sentido puramente electoralista, entonces depende de las circunstancias. A veces quiere cambiar mucho, a veces no quiere cambiar nada. A veces se quiere aliar, a veces quiere ganar las elecciones. Entonces hay que ver que esa izquierda es muy difusa.

A mí me gusta mucho, como profesión y como hobby, leer a Marx. Disfruto muchísimo haciéndolo y veo que él nunca habló de izquierdas, nunca se dirigió a las izquierdas. Y ya en su época era un concepto que existía, porque repito que viene de la Revolución Francesa, es decir, de una época anterior a Marx.

Marx y Engels dejaron escrito por ahí una justificación de por qué ellos son más críticos con la izquierda que con la derecha. Y lo dicen: la derecha es un mundo aparte, cerril, y está más alejada de nosotros, porque el comunismo es una idea que tiene que abrirse paso entre otras ideas y está en combate contra las otras ideas. Y Marx se pasa la vida criticando a otros socialistas, y los llama de diversas maneras, pero no solamente les pone etiquetas, sino que los sitúa en un trasfondo y los critica. Les dice: “Mira, tú aparentemente eres de izquierdas, pero yo te voy a demostrar cómo esto, cómo tus ideas son simplemente una variante del argumento liberal”. ¡Y lo demuestra! Éste es uno de los grandes méritos de Marx. Lo mismo critica a Proudhon que critica a Dühring, a Lassalle, a Bakunin, a docenas. En muchos párrafos de su obra económica, y no económica, es más crítico con la izquierda que con la derecha. Su honestidad, su honradez científica, muchas veces lo conduce a hacer eso.

Me estoy acordando de un debate de economía pura, entre Sismondi, que era un socialista, y Ricardo, que era un capitalista y un burgués, un economista clásico. Y Marx le da la razón a Ricardo frente a Sismondi, aunque ideológicamente Sismondi era de izquierdas y Ricardo de derechas.

En estos casos de la valoración de la realidad, se plantea el problema de qué es la ciencia y la verdad, qué es el conocimiento de la realidad tal cual es, y lo que debe ser el “partido” que se toma ideológicamente, o políticamente, cuando uno está afiliado a una organización.

Desde el punto de vista que digo, el de izquierda versus revolución, quería yo comentar otras varias cosas antes de pasar a la cuestión de la democracia y el mercado.

Ser tajante –o, no sé como decirlo; así, tajante, como algunas de las afirmaciones que he hecho esta tarde– no significa que uno tenga que ser un dogmático, por ejemplo, a la hora de las lecturas. A veces he criticado en público el eclecticismo, y se me entiende mal: algunos piensan que el eclecticismo significa que no se debe leer de todo. No es así. Hay que leer de todo el espectro político: de la derecha, de la izquierda, pasando por el centro. Y, sobre todo, hay que leer lo bueno porque, como no tenemos tiempo para leerlo todo, hay que seleccionar lo que tiene más calidad. A veces hay más calidad en la derecha y a veces no hay calidad en la izquierda.

El eclecticismo no tiene que ver con los “inputs”, con los “insumos” intelectuales, con las lecturas. Ahí hay que leer de todo. Pero tiene que ver con la elaboración que uno va haciendo: y el problema es que muchos, en la izquierda, elaboran un producto intelectual que es ecléctico, que quiere decir contradictorio y heterogéneo. Es como si intentaran mezclar el agua y el aceite. Pues no: cuando queramos agua, bebemos agua, y cuando queramos aceite, usamos aceite. Pero mezclarlo y no darse cuenta, encima, de que mezclamos algo..., a eso es a lo que llamo yo eclecticismo.

En la izquierda hay mucho válido, pero también hay mucho rechazable y que hay que superar. Y esto es lo mismo que hizo Marx toda su vida, no hay que tener miedo a hacerlo. Esta manía que tiene la izquierda de la unidad por la unidad, como si todo estuviera resuelto... ¡Pero si no está resuelto casi nada! Tenemos muchas cosas que ir resolviendo en

la práctica, pero también en esta práctica se incluye la lectura y el estudio continuo de las cosas que nos sirvan para entender la realidad, porque la realidad tiene sus profundidades. No se trata de la superficie ni de la epidermis de la realidad. Y, sin embargo, algunos entienden que ya se terminó la época de leer, y dicen que, como en la Tesis undécima de Marx sobre Feuerbach, ahora es el momento de transformar la realidad. ¿Pero cómo vas a transformar la realidad si no la entiendes, si no sabes cuál es esa realidad?

Entonces hay que estar continuamente estudiando, que es una idea clara, sobre todo si estamos en la universidad, en una facultad... Una de las pocas ideas claras que tenemos los revolucionarios, los comunistas, es que hay que estar estudiando continuamente, seriamente, aunque nos lo tomemos con humor. Seriamente no significa que uno no pueda irse a bailar de vez en cuando. Hay que estudiar seriamente la realidad porque no la conocemos todavía, y nunca la conoceremos ni la dejaremos de conocer, incluso cuando estemos transformándola en el sentido que queremos.

Otra idea que me parece a mí importante es que entre Marx y marxismo no hay solamente unidad, o continuidad, o identidad, sino que también hay oposición. Voy a citar nombres –y no me da tiempo a nada– que en el panorama internacional han insistido en esta idea: un McLellan, un Draper, un Shaikh...: los hay de muchas posiciones ideológicas..., un Rubel. En España una Monserrat Galcerán, un Martínez Marzoa, un Manuel Sacristán, han insistido en la diversidad que hay muchas veces entre lo que han transmitido los marxistas y lo que escribió, y enseñó, y dejó para el pensamiento, Marx. Los marxistas muchas veces cogían el nombre y el prestigio de Marx, sólo por su prestigio intelectual, pero mucha gente en realidad llamaba marxismo a ideas con las que Marx había debatido, polemizado y criticado toda su vida. Por ejemplo, ideas de Lassalle, por ejemplo ideas de los socialistas-cristianos o de lo que él llama en el Manifiesto Comunista los comunistas de derechas, o los socialistas reaccionarios, feudales, o los socialistas pequeño burgueses, Sismondi, al que mencionamos antes...

Algunos piensan que no hay que combatir todos esos socialismos puesto que, en aras de la unidad, se puede sacrificar todo lo que sean discrepancias. Pues no. Hay que saber que hay cosas, como el

agua y el aceite, que no se pueden mezclar. Uno no puede decir al mismo tiempo que los asalariados y el proletariado producen plusvalor, y que entonces el beneficio de los capitalistas no es sino la parte del trabajo que no nos pagan a los asalariados –los capitalistas nos pagan el valor de la fuerza de trabajo, pero nosotros creamos valor durante todo el tiempo de la jornada laboral, que puede ser el doble de tiempo que basta para reproducir el valor de la fuerza de trabajo– y decir al mismo tiempo lo contrario. Lo anterior no es compatible con una teoría distinta del valor mercantil, o con una teoría diferente de la economía, etc. Y muchas veces hay autores que hablan o escriben como si realmente fueran compatibles. ¡No, no! Cuando hay una contradicción, hay que ponerla sobre la mesa y ver con qué se queda cada uno. Por ejemplo, en Marx, lo he dicho antes, encontramos al gran teórico del antiliberalismo, y en cambio ¿por qué no está más presente en los debates actuales la cuestión de si realmente la sociedad actual se parece cada vez más a la que él describe en *El Capital*?

Mi opinión va incluso más allá. Debo confesar que no he leído el libro de Ivan Meszaros (no sé cómo se pronuncia). Es un filósofo húngaro que estuvo el año pasado en La Habana en el mismo Congreso, en mayo, en el que también yo participé. Y tengo que leer ese libro, que me pareció muy interesante. Y él intervino y reclamó la actualidad de Marx. Según él, Marx es tan actual hoy como lo era en su época. Yo diría que lo es más. Hoy es mayor la actualidad de *El Capital*, y la obra de Marx en general, que lo fuera en su época, porque la sociedad se parece cada vez más a la del modelo que se encuentra en *El Capital*. En *El Capital* hay casi tres mil páginas, por no hablar de otros libros, muchas cosas... Hay ilustraciones históricas, hay fragmentos de diversa naturaleza, pero hay también un modelo interpretativo de cómo es la sociedad actual, la sociedad burguesa. Y ese modelo, evidentemente, como todo modelo, está alejado o es una simplificación de la realidad, que es concreta, mucho más rica y mucho más diversa que el modelo, y requiere un análisis histórico que no se puede limitar a los modelos.

Por tanto, hoy en día, cuando hay muchos más proletarios y asalariados, como hemos dicho antes, y estamos cada día más cerca del modelo de dos clases de *El Capital*... ¡Fijaos! Yo, como economista, les hablo a los estudiantes de lo que es

la economía neoclásica, y obviamente la critico porque es una forma de pintar de rosa la sociedad actual. Estos economistas dicen, por ejemplo, que no hay crisis, que no existe el desempleo, en fin, todo este tipo de cosas. Pero cuando los economistas neoclásicos hacen explícitas sus hipótesis de partida, uno ve, por ejemplo, que para ellos no existen las clases, lo que estudian es una sociedad de cero clases. Solamente existen para ellos los individuos, individuos que son propietarios de factores, o dicho con su lenguaje preferido, que están dotados de un vector con  $n$  elementos, que serían los factores y tomarían valores positivos o cero.

Según esta interpretación, Emilio Botín es un individuo completamente igual que yo. Él tiene en el vector cero, cero, cero..., de trabajo sobre todo, y una cifra muy alta en el elemento propiedad del capital. La figura del capitalista, pues, tiene un elemento muy grande, que es su propiedad, y el otro individuo, el asalariado, tiene un elemento de trabajo que es positivo, pero cero en cuanto propiedades. Y, además de propietarios de factores, además de consumidores, todos ellos son iguales porque son simple individuos.

Bueno pues con respecto a este modelo de las cero clases, o bien de una única clase, hay que afirmar que se trata de una contradicción en los términos, pero al mismo tiempo que ambas cosas son lo mismo. Decir cero clases o bien una sola clase equivale a lo mismo.

En cambio, el modelo de dos clases debería ser el punto de partida para toda Economía que se pretenda realista. Y por eso yo lo uso como punto de partida para la Economía realista que pretendo conseguir en mi docencia. Pues es un avance estupendo, es un avance extraordinario, el modelo de dos clases: el proletariado, los asalariados sin fronteras, por una parte, y nuestros dueños en el mercado, los capitalistas, por otra. Y por tanto, hay que partir de ahí, y después, por supuesto, hay que hacer y añadir los análisis históricos concretos, siempre mucho más diversos... Porque existen capas intermedias, efectivamente cada vez menores; capas intermedias, por ejemplo pequeños propietarios o autónomos que cada vez representan un menor porcentaje de la población activa y van desapareciendo, en Chinos, como decíamos antes, o los campesinos, etc., etc.

Aparte de ser el gran teórico del antiliberalismo, Marx, por ejemplo, nos dejó la idea central de la mitología liberal como la auténtica mitología moderna, la mitología de la sociedad capitalista. Él, que era un excelente conocedor de la antigüedad clásica y de sus escritores –por ejemplo, el otro día comentaba con un profesor de filosofía de Huelva que la primera traducción del libro de Aristóteles, *De anima*, a una lengua occidental la hizo Marx cuando era todavía un estudiante; esto, en relación con el peso que tiene los argumentos filosóficos de Aristóteles en la obra de Marx que son importantes–

...  
Bien, pues Marx, al comparar la mitología clásica de los Dioses del Olimpo con lo que él llamaba la mitología moderna, la mitología nacida de la Revolución Francesa, la de los grandes eslóganes de la Igualdad, la Libertad y a Fraternidad, o de los Derechos Humanos, como se diría ahora, etc... Él demuestra que no son sino pura retórica, son eslóganes vacíos de contenido que usó la burguesía mientras tuvo que acceder al poder y tuvo que contar con el apoyo de la clase popular, con el pueblo de los descamisados, de los *sans culottes*, etc. Pero que, efectivamente, cuando la burguesía desplazó del poder, o lo compartió, con la nobleza terrateniente, la burguesía se encastilló en el poder y se unió a la otra parte de la clase dominante en contra de los *enragés*, de los *sans culottes* y de todas las clases populares y los asalariados. Es lo que había hecho siempre. No había derecho de voto para el pueblo, había un sufragio censitario que significaba que solamente podía votar los inscritos en el censo, es decir, los que tenían propiedades y riqueza porque, si os acordáis, en los parlamentos antiguos en la época precapitalista, del Estado Absolutista, los que votaban eran siempre los propietarios, que se reunían en ese Parlamento formado por los nobles y el clero, precisamente porque tenían dificultades, especialmente financieras y fiscales, la Monarquía y el rey.

A lo largo de todo el siglo XIX, la gente no votaba y sin embargo se hablaba de democracia, los medios de comunicación de la época y los medios de reproducción ideológica hablaban de democracia como ahora. Las mujeres hasta el siglo XX, y en en todos los países, pues no votaban tampoco.

Hoy en día mucha gente se cree, y también en la izquierda, que estamos en una democracia. Para mí, eso es aberrante. No debemos consentir que

nadie hable de democracia refiriéndose a las sociedades capitalistas actuales. El que consiente eso es que se ha convertido en un liberal, en potencia o en acto.

Pero antes de pasar a la cuestión de la democracia y el mercado como cosas realmente incompatibles, veamos alguna cosa más hablando de Marx.

Eso de la mitología. Realmente uno lee la obra de Marx, y es magistral, y no sé cómo la izquierda ha caído tan bajo, y tan atrás, respecto a los magníficos ataques que ha hecho Marx a toda la ideología liberal. Por ejemplo, ¿“Libertad”? Dice: “Sí, libertad... de explotación, en primer lugar”. ¿“Derechos humanos”? “Sí: derecho de propiedad en primer lugar”. Ahora estoy haciendo una caricatura, un resumen. ¿La “Fraternidad”? Sí: la fraternidad “comunista” –lo iba a decir con estas palabras–, es la “fraternidad masónica, francmasónica y comunista, de los capitalistas para repartirse la plusvalía entre ellos.

¿Y cuál es el otro? La igualdad. Lo mismo: “la igualdad en el privilegio”, porque los burgueses, la fracción rica del tercer estado, han ascendido al poder y se han igualado así a los nobles, a los terratenientes, se ha producido la fusión con quienes formaban el primer estado y el segundo estado de la época feudal. La parte del pueblo que tenía el poder económico se ha sumado a ellos, y ahora todos ellos, todos juntos contra el pueblo, le niegan al pueblo los mismos derechos que ellos disfrutaban.

Pues eso, repito, hay que volverlo a leer en Marx. Porque no hay nada más claro ni más avanzado en ese terreno que lo que dejó ya escrito Marx hace tanto tiempo. Pero es que además en Marx lo que tenemos es la interpretación más avanzada y más correcta, a mi juicio, y más profunda, de la sociedad actual, que sigue siendo la misma, en esencia, que la que existía en su época. Para empezar, Revolución Industrial sólo hubo una. Si uno parte de las ideas de Marx, entonces la Revolución Industrial, que empieza en Inglaterra en el siglo XVIII, etc., es la única revolución industrial, revolución en singular. Las modas, las hay infinitas, y se habla de Segunda revolución, de Tercera revolución, otras revoluciones que se inventan sobre bases tecnológicas... Pues no. En Marx esta idea está muy clara. Él habla del “sistema automático de máquinas”. La sociedad moderna y burguesa, para Marx, se basa en el sistema automático de máquinas.

Es decir, se basa en la máquina, en la mecanización, en la maquinización, pero también y sobre todo en el sistema automático de máquinas. La Revolución Industrial es el paso de los modos técnicos de producción no basados en la máquina al modo de producción basado en la máquina, la mecanización, la maquinización y el sistema automático de máquinas. Y estamos en el mismo sistema que en la época de Marx, es decir, en el sistema automático de máquinas. Esto hay que machacarlo y repetirlo, porque los teóricos de tres al cuarto que se van inventando fases, periodos, épocas... a su gusto, que se van inventando cosas, y que yo creo que abundan demasiado, nos quieren hacer olvidar las verdades fundamentales.

Al mismo tiempo, en este sistema posterior a la Revolución Industrial en el que tenemos un sistema automático de máquinas, las cosas funcionan en torno a la ley del valor, porque todo es mercancía cada vez más y todo se ha convertido ya en mercancía. No solamente las cosas que llamamos “bienes” los economistas –y al decir bienes estamos usando un punto de vista antropológico, porque si son bienes es porque nos hacen bien a los humanos; es decir, que miramos las cosas desde el punto de vista de la sociedad humana, y no desde el punto de vista, por ejemplo, de la sociedad de las moscas, que a lo mejor consideran como bienes cosas que para nosotros no son bienes...-. Entonces, cuando hablamos de bienes, lo hacemos desde un punto de vista antropológico. Bien, pues entonces no solamente los bienes y los productos se han convertido en mercancías, sino, repito, la propia exteriorización de la actividad humana. Es decir, ya no podemos ni siquiera ser humanos, pues no conseguimos usar, si no conseguimos vender primero, nuestra capacidad laboral en el mercado capitalista de fuerza de trabajo. Por eso vemos a tantos parados que son una miseria de personas... Es decir, el paro afecta a la salud física y mental, porque, claro, rompe la propia naturaleza biológica, animal y social, del individuo. No podemos exteriorizar nuestras potencialidades porque el sistema es tan antinatural que ha hecho de nosotros unas mercancías. Entonces nos tenemos que convertir en mercaderes de nosotros mismos y padecer la suerte, mala o buena, de los mercaderes, que nunca saben si van a vender o no sus mercancías. Nuestra exteriorización como humanos, pues, es una simple hipótesis que no siempre puede llevarse a cabo.

La ley del valor significa “explotación” y significa también “competencia”. Se insiste mucho en lo de la explotación para entender la realidad, pero también es importante insistir en la competencia. La explotación –yo creo que estamos todos de acuerdo y sabemos lo que es, y lo he dicho antes– hace que estemos en un sistema que, para poder sobrevivir, necesita enriquecer a los propietarios mediante el trabajo del asalariado. No hay otras posibilidades y objetivamente estamos condenados a que esto sea así mientras no cambiemos el sistema, porque el sistema funciona sobre esa base. Pero la competencia también es muy importante porque en cada uno de los dos polos, en vertical, que componen la esencia de la relación capitalista, de la sociedad nuestra, hay competencia. Los capitalistas no dejan de competir entre ellos, y los asalariados tampoco, porque hay que competir por un puesto de trabajo, porque compiten los que tienen empleo con los que están parados, compiten los nacionales con los inmigrantes que llegan... Y evidentemente todos los trabajadores se comportan, y están obligados a comportarse también, como mercaderes, los asalariados también y no solamente los capitalistas.

También los Estados y las Administraciones públicas, que compiten entre sí para atraer las inversiones de las multinacionales. Y entonces dice tal comunidad autónoma que le quita los impuestos y las cotizaciones sociales a esa empresa, y otra dice que le da el suelo gratuito, o yo qué sé. Hay competencia universal y es una competencia que es una guerra permanente de todos contra todos. Como dice Marx en *El Capital*, es una *bellum omnia contra omnes*.

Cuando joven leí el “Imperialismo” de Lenin, y me convenció al principio, pero después de pensarlo mucho tiempo y de leer muchas cosas, llegué a la conclusión de que tenía muy poco que ver con las ideas de Marx y era, como dijimos antes, que entre el agua y el aceite tenemos que elegir. La idea de que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo es falsa, desde mi punto de vista es completamente falsa, por mucho que lo haya dicho Lenin, por mucho que yo pueda valorar a Lenin en otros aspectos. Dar una definición económica diciendo que es la fase monopolista del capitalismo porque dominan los monopolios, cuando uno piensa y lee también a *Hilferding*, y lee también a *Hobson*, y lee a otros autores, a Sweezy, que se acaba de



morir hace poco y que también sigue en esa línea, se da cuenta de que, como dicen los economistas convencionales, el monopolio, cuando definen los economistas el monopolio, de lo que hablan es del poder de monopolio.

El oligopolio tiene también poder de monopolio, lo que llaman en general un poder de mercado, y esto enlaza con lo que decíamos ayer. El poder, la violencia, como la categoría central. Eso es de Dühring pero no de Marx. Ver la categoría fundamental de la sociedad moderna, ver esa categoría en el poder, en la violencia, en la lucha violenta, el pillaje, la expansión..., eso es olvidar algo, porque eso ha existido siempre. Los romanos, los árabes, cada uno ha construido un imperio, lo ha construido sobre la fuerza. Ahora bien, lo específico de la sociedad moderna es la forma específica, la forma concreta y real del poder que hay hoy, que es el dinero, la mercancía, el capital. Eso es lo específico. Para entender lo específico tenemos que ir más allá de lo genérico. Lo genérico es el poder, que ha existido siempre, el dominio bajo relaciones de poder. Siempre ha habido un pueblo que ha subordinado, dominado, a otro y para ello ha usado los métodos más violentos. Por supuesto, y por supuesto que Marx eso nunca lo olvida, y dice que el capitalismo ha venido al mundo y a la historia chorreando sangre y barro por todos sus poros.

Lo específico es que la violencia mayor, actualmente, es la que está inscrita dentro de la relación de mercancía, dentro de la relación del dinero y dentro de las relaciones capitalistas que significan que la mayoría somos asalariados expropiados. Expropiados de nuestra propia naturaleza humana, porque nos hemos convertido en mercaderes a la fuerza, y encima condenados a vivir en un régimen incompatible con la democracia, cuando a lo que aspiramos es a la auténtica democracia.

Lo específico del capitalismo es su sistema económico regulado por la Mano Invisible, que decía el liberal Adam Smith. Marx dice dos cosas al respecto de la Mano Invisible. Primero: Adam Smith acierta cuando dice que la mano invisible es lo que regula la actividad económica capitalista y la reproducción de todo el sistema. Segundo: Marx niega el lado "normativo" de la idea de Adam Smith. Éste pensaba que el capitalismo es un sistema democrático porque lo que la gente demanda a las empresas es lo éstas producen. Por ejemplo, si se

demandan más guantes y se dejan de demandar sombreros, pues eso puede explicar perfectamente el mecanismo económico: habrá un exceso de sombreros, caerán los precios, caerá la rentabilidad y entonces sobraré capital en el sector de sombreros, y la demanda finalmente tira de la oferta, y la oferta se ajusta, efectivamente, a la nueva demanda reducida de sombreros. Lo mismo con los guantes, pero al revés. Y ése es un argumento liberal fundamental.

Y Marx descubrió la crítica que hay que hacerle a eso, y es muy sencilla. Es que la demanda es la demanda monetaria, sólo la demanda que está respaldada con un poder adquisitivo efectivo. La demanda que hay en el capitalismo no es la auténtica demanda basada en las necesidades de la gente. Es precisamente la forma tergiversada de manifestarse esas necesidades en la demanda típicamente capitalista. Por ejemplo, Botín llega aquí, y si aquí estamos cien, por decir un número, con una demanda cada uno de nosotros de mil euros, pues esto hace un total de cien mil euros. Pero si llega un solo rico con cien mil euros, eso es tanta la demanda de uno solo como la demanda que hacemos los otros cien. Y donde decimos cien podemos decir mil, o diez mil, porque no hay más que ver la riqueza que tienen los particulares y las grandes empresas.

Por tanto, se trata de dos cosas muy distintas. Una cosa es el principio democrático y otra cosa es el principio plutocrático.

El principio capitalista, que es el plutocrático, se basa en el principio de "Un euro, un voto". Y este principio domina dentro de la empresa, fuera de la empresa, en el mercado, en todos sitios. Pero el principio democrático es "Una persona, un voto", y lo que queremos los comunistas es esa democracia auténtica del principio democrático. Por ejemplo, si en la empresa somos mil, pues que no leamos mañana en el periódico que la dirección de Mitsubishi, como hace unos días se podía leer, va a despedir al 10% de la plantilla, que son 4.500, sino que leamos que los 45.000 trabajadores de Mitsubishi han despedido a los 10 capitalistas, simplemente porque no nos hacen falta los capitalistas para nada.

Hoy en día, existen los medios técnicos para producir y para satisfacer las necesidades de toda la población de la Tierra sin necesidad de que haya una serie de gente que se aprovechen de lo que nosotros trabajamos, que se apropien de una parte

de lo que trabajamos. Y es que lo que pasa es que hay que concienciarse de que esto es así, y ponernos manos a la obra y quitarles lo que ellos nos han quitado primero. Marx no demuestra sólo que la plusvalía o el beneficio es el plusvalor, el plustrabajo, es decir, el trabajo que se ha hecho de más por encima del propio valor de la fuerza de trabajo. Sino que demuestra, además, un segundo elemento que es también importante: que cualquier masa de capital, por grande que sea, se agotaría en sí misma al cabo de un tiempo, simplemente porque se consume si no se convierte en un medio para extraer nuevo plustrabajo de los nuevos asalariados en las nuevas producciones y procesos de producción.

Sabemos que Botín o Bill Gates tienen un montón de dinero. Pero ese dinero se agota si ellos no lo ponen continuamente a producir plusvalor en sus empresas. Toda cantidad de dinero es positiva, claro, y toda se agota. Una antes y otra después, eso es un proceso que dependerá del ritmo de rotación del capital en cada caso, etc., pero efectivamente toda suma se terminaría por consunción.

Todo el capital es trabajo no pagado en el pasado y acumulado por unos pocos, porque los demás lo dejamos. ¿Y por qué los dejamos? Porque la gente razona “en liberal”, razona como liberales en vez de como comunistas. Mientras que esa contradicción que existe entre estas dos posiciones, es el propio sistema el que se encarga de reproducirlas, y siempre habrá esa pelea entre los liberales y los comunistas.

Bien, el último punto trata de la democracia y el mercado. Ya lo he dicho, lo he adelantado, y no quiero extenderme más de cinco minutos para que pueda haber debate.

Es un liberal el que no se da cuenta –estoy hablando desde mi punto de vista– de que son absolutamente incompatibles el mercado, y el mercado es sólo una manera de referirme a la sociedad capitalista, y la democracia.

Veamos algunos ejemplos o algunos lugares donde se tiene o aplica, o donde se materializa, esta afirmación. El interior de la empresa, ya lo hemos dicho. Es decir, hay un grupo grande de gente que está trabajando y puede querer determinada cosa que vamos a llamar A, que se sitúa en aquella dirección. Pero si el pequeño grupo de propietarios que controla el capital social de la empresa –que

puede ser diez, cien, o mil veces más pequeño que el de los trabajadores, o diez mil–, lo que quieren es una cosa que apunta hacia allá (señala en el sentido contrario)<sup>1</sup>, que es B, pues entonces se impone B, y se decide B y se marcha hacia B. Incluyendo que se vayan a la calle la mitad de la plantilla, o lo que sea. La empresa capitalista es incompatible con la democracia. Lo que hay en ella es un auténtico ejército, una jerarquía vertical con sus mandos, sus oficiales y suboficiales, etc. Además, esta metáfora la usa Marx en *El Capital* así: suboficiales, oficiales y sus mandos, y sus generales, y todos sometidos verticalmente, de forma que no hay democracia. Eso se puede comprobar con nada más que ir a las empresas actuales.

Pero veamos ahora al asalariado cuando termina su jornada laboral y sale a la calle, al mercado. Como resulta que nos hemos convertido en mercancías, pero al mismo tiempo necesitamos consumir otras mercancías para sobrevivir, nosotros y nuestras familias, pues hay que ir al mercado con dinero.

Es lo mismo que antes. Podemos estar mil y necesitar cada uno una casa para nuestras familias. Pero si entre todos no reunimos más poder adquisitivo que un solo capitalista, entonces un rico tiene tanto poder adquisitivo como nosotros, y se hace una casa donde podríamos vivir los mil, pero que es sólo suya y por tanto sólo vive él. Ése es el problema. El problema precisamente es que hay un mercado. En el mercado, el poder adquisitivo de ese solo individuo se manifiesta como una demanda de una casa tan grande como para que quepan mil, aunque en realidad viva en ella uno solo. Y no se manifiesta en las auténticas necesidades reales, que son mil casas para mil familias, que es lo que la sociedad necesita. Esto es, por tanto, lo contrario de la democracia.

Si miramos ahora dentro de los hogares, se puede ver cómo se reproducen esas mismas pautas antidemocráticas, no sólo en las relaciones inmediatas sino en las relaciones de reproducción de los tipos de fuerza de trabajo, es decir, cómo se forma e interviene en el proceso de reproducción de la salud, educación y formación de los distintos hijos de los distintos tipos de familias, según se pertenezca a los capitalistas o a los trabajadores.

Para pasar a otro terreno más institucional y más político, veamos la instancia político-sindical, el

---

1) Nota del transcriptor

poder del dinero y las empresas del subsector electoral. ¿A qué les llamo empresas del subsector electoral? A los partidos políticos y sindicatos que tienen infectado su “cerebro” de liberalismo. Que piensan como la burguesía, es decir, que esta sociedad es el fin de la historia –es lo que hizo Fukuyama–, y lo que se tiene que hacer es participar en el poder. Y hay que reconocer que dentro de la izquierda hay partidos y sindicatos que son liberales, y no hace falta dar nombres. Hay que denunciarles incluso si se está militando en esos partidos políticos y esos sindicatos.

Una cosa importante es que, cuando uno habla de conocimientos sistemáticos de tipo científico, o de una voluntad científica de conocer la realidad profunda tal cual es, los argumentos no pueden ser aquí democráticos. Marx lo demuestra. Una persona puede tener razón, al hacer un tipo de análisis más profundo, frente a una mayoría que se queda en la superficie. Pero otra cosa muy distinta es el terreno de la dimensión política e ideológica, que por supuesto tienen que ser totalmente democráticas. Esa dialéctica, esa discusión, es a veces muy problemática. Yo la vivo a veces como muy problemática porque realmente plantea grandes interrogantes.

Los partidos y sindicatos que se conforman con la sociedad que tenemos, que quieren sólo una cuota de poder en ella, que adoptan los métodos de funcionamiento de las empresas capitalistas y por tanto aceptan el medio fundamental para la guerra competitiva capitalista, que es el dinero y su dependencia del dinero –y su dependencia del dinero no solamente en las campañas electorales sino en toda su actividad–, sólo pueden caracterizarse como corrompidos. Y esto es cada vez más verdad, incluido, como decía ayer alguien, como decía Petras, el dinero que viene de los fondos de inversión que quieren montar algunos sindicatos con alguna fuente de dinero, o los fondos estatales y comunitarios que emplean para organizar una falsa formación profesional, etc., etc.

Por último, en la instancia internacional, los gobiernos internacionales de coalición que existen en la práctica nos ayudan a comprender por qué los gobiernos que están dentro de la lógica del sistema capitalista son tan similares, sean de derecha o de izquierda. Porque son la pura continuidad en las políticas, cuando se suceden unos a otros, salvo en pequeñas diferencias. Pero, al mismo tiempo, es que

la teoría del Estado que arranca de Marx debería hay gobiernos de coalición entre ellos, a escala nacional e internacional. Lo que llamamos Estado, ser una teoría que tuviera claro que todas las distintas instancias existentes, desde el Ayuntamiento, pasando por la Comunidad Autónoma, pasando por la Bruselas de la Unión Europea y la Bruselas de la OTAN, o pasando por Washington, son parte de un y único mismo aparato de Estado capitalista, que no es sino la mano izquierda, que se una con la mano derecha del mercado en Santa Alianza, y entre las dos agarran por el cuello a los asalariados. La mano invisible del mercado y mano la visible del Estado contribuyen entre las dos a ahogarnos y nos mantienen como asalariados esclavizados.

Pensemos en la ONU, en los sistemas de votación y en los vetos. Pensemos lo que ocurre, y que tiene mucho que ver con la actualidad, lo que ocurre en Palestina, en Israel, la vergüenza que significa el gobierno racista de Israel o los gobiernos racistas que se suceden allí; y no solamente racistas, gobiernos que construyen muros en el extranjero, en Cisjordania... Y, mientras tanto, el supuesto Sistema democrático de los derechos humanos liberales, pues eso, lo ve bien y no tiene método. ¡Claro!, ellos están interesados en que eso se mantenga así, para mantener el orden de cosas capitalista

Y termino con una idea un poco loca, al igual que la de asalariados sin fronteras, con una idea que simplemente lanzo para reflexionar: la idea de la tarjeta. Hoy en día no hay dificultad técnica alguna para hacer seis mil millones de tarjetas; somos 6.000 millones de personas en el mundo, hay mucha gente sin tarjetas y hay gente que tiene más de una, y para esta gente es posible hacer una tarjeta con información magnética, con un chip para todo el mundo, una por persona. ¿Por qué no se hacen ciertas cosas? Porque no se quiere; pero con esa tarjeta se podría, por ejemplo si la sociedad quisiera, podría dotarse a cada propietario, a cada usuario, de una misma capacidad de compra –o si queréis, para no decir compra, que sugiere la idea de mercado y sugiere todavía la pervivencia del capitalismo–, de un poder adquisitivo, descentralizado e igual, que sería sólo un paso, que no sería algo final, porque evidentemente no todos tienen las mismas necesidades, y más adelante a los que tengan más necesidades habrá que darles más.

Esto no es una mera ilusión porque, históricamente, esta forma de decisión descentralizada a la hora de adquirir bienes de consumo, etc., ha coincidido con el mercado. Pero, al igual que no es lo mismo el capital que los medios de producción, por lo que los medios de producción seguirán existiendo cuando hayamos terminado con el capital; o al igual que no es lo mismo la empresa en sí que la empresa capitalista en particular, así también las empresas seguirán existiendo cuando hayamos terminado con la empresa capitalista. Pues habrá un sistema descentralizado de consumo de una parte de la producción social cuando hayamos terminado con el mercado, porque el mercado es precisamente esa esclavitud, la que nos preocupa y contra la que luchamos. El dinero, desde el momento en que existe dinero, significa que hay también un Estado que lo emite; y un Estado siempre implica una división de la sociedad en clases; y, por lo tanto, que aún estaríamos los explotados sufriendo el mercado y el dinero.

Hay que terminar con el mercado, hay que terminar con el dinero, hay que ser comunista, porque, si no, se es liberal. Y con esto termino. Y hay que debatir todas estas cosas, pues nos quedan muchas cosas por debatir. Y hay que ir al fondo –pienso yo–, y el fondo es que esto no es democracia y que no se puede consentir que nadie realmente piense que el sistema capitalista tiene algo de democrático. Y con esto termino.